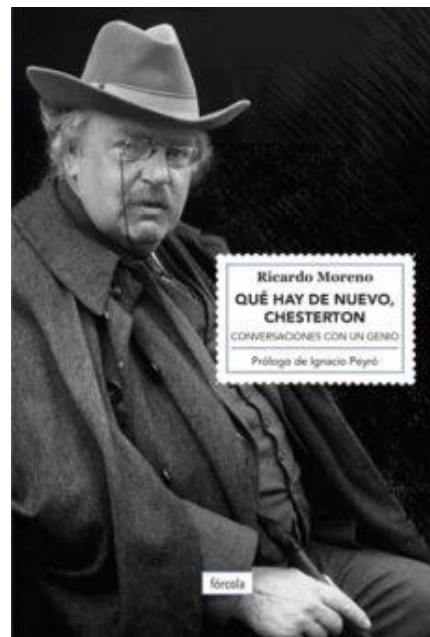


Los diálogos del ingenio

R. Moreno Castillo, *Qué hay de nuevo, Chesterton*. Madrid: Fórcola, 2022, 168 páginas

Julián Arroyo Pomedá. Instituto de Educación Secundaria «Alameda de Osuna» (Madrid)

Se trata de uno de los diálogos más ingeniosos que he leído. Tiene la virtud de poner ante los lectores a un escritor («un genio») no vivo, pero del que nos quedan sus obras. Mediante el recurso literario del diálogo consigue conectar las propias ideas del autor con las del escritor británico, que fue grande en todo. Es capaz de transmitir algo que parece elemental, pero que, desgraciadamente, no es tan común. Me estoy refiriendo a la sensatez. Al hacer coincidir en gran parte sus ideas con las de Chesterton, confirma indirectamente su propia sensatez misma en los temas que trata.



La conversación es muy desenfadada y espontánea. Empieza con la expresión «qué hay», lo que no nos tiene que despistar por campechanía, porque luego vemos que plantea los grandes temas de la actualidad. Como se trata de un autor que reflexiona críticamente, tampoco le da la razón en todo. Hay veces que está en desacuerdo («tiene algo de temeridad», dice Peyró en el prólogo), otras matiza mucho e incluso cambia de tema, porque piensa en un determinado asunto, en el que no podrían entenderse. Todas las cuestiones tratadas son de actualidad, incluso los más nimias.

En dieciséis entradas, que son breves y pueden leerse de un tirón, desgrana, aclara, critica y releo los principales pensamientos de Chesterton. Ofrezco algunas muestras de lo que digo.

Empieza hablando de *animales*. A Chesterton le gustan los perros y Moreno matiza que así es, «cuando no se les trate como si fueran humanos» (p. 19), algo que el británico asiente, es decir, que los derechos de los animales no se pueden equiparar con los de las personas, porque no son los mismos. El vegetarianismo no puede

convertirse en un dogma y nosotros no somos una especie más, de modo que no podemos establecer convenios entre hombres y lobos. Parece sensato.

La entrada siguiente plantea las *convenciones*. Las formas también son civilización y un feminismo desnortado no puede rechazar las cortesías. La muerte tiene sus rituales y en esto no se puede ser fanático. Las costumbres funerarias tributan a los vivos y no a los muertos. Esto no es nada banal, sino que representa «el sentido común de la humanidad» (p. 34).

El *dinero* no es nada despreciable, pero no debe buscarse por sí mismo, sino porque permite llevar una vida más digna y hasta buscar lujos, lo que hacen los humanos y no los animales. No debemos envidiar a quien los tiene, ni amargarnos por no tenerlos.

Los *buenos modales* y la educación son algo «indispensable para una buena convivencia» (p. 39). Una educación libre no es posible, porque entonces no hay educación. A la formación que hemos recibido no podemos echarle la culpa de lo que somos, ni a las circunstancias sociales, ni a los niveles económicos, ni a ningún otro elemento. Según Chesterton, «lo que soy es culpa mía» (p. 43). Toda educación enseña una filosofía: «que el saber es un valor en sí mismo» (p. 47). Despreciar el conocimiento es una absoluta estupidez. Las lenguas clásicas también son conocimiento, y hasta la ortografía lo es. Si escribo mal una palabra, puedo «interpretarla mala» (p. 51).

La *alegría* brota de «la naturaleza de las cosas» (p. 56) y hay que ser alegres y felices, incluso tomándonos a broma la vida, como he hecho siempre yo, dice Chesterton. ¿Y de qué depende la felicidad? Depende «más de uno que de sus circunstancias» (p. 63).

La *filosofía* es fundamental, porque con ella podemos «entender el nudo que relaciona todas las cosas» (p. 66), porque las cosas son un mundo y «ese mundo tiene un significado» (p. 67). La filosofía y la teología son importantes, pero a la religión no hay que tomársela en serio, esto solo lo hacen los curas.

Los *intelectuales* y su mundo «está formado básicamente por idiotas» (p. 83). Ahora bien, el hombre ha de tener ideas, porque, si no las posee, no sabrá escuchar; al contrario, interrumpirá y así no se puede organizar una polémica, ni tampoco un debate. Pensemos un momento en quién o quiénes saben escuchar. Pelearse sí que nos peleamos todos, pero escuchar lo hacen muy pocos.

La *literatura* es un lujo que debería estar «al alcance de todos» (p. 89). No hay humanidad sin fantasía, imaginación y novela. La ficción es tan importante como la

realidad: «la ficción es una necesidad» (p. 90). La gran literatura proporciona una visión del universo. Por ejemplo: la *Iliada* representa la batalla de la vida, la *Odisea*, que la vida es un viaje y el Libro de Job, que la vida es un enigma y también nos representa a nosotros mismos.

No pueden existir seres humanos sin *pasado*, es decir, sin memoria e historia, porque «un hombre sin historia es, casi en sentido literal, un tontaina» (p. 123). Evitaríamos muchos errores, «si conociéramos mejor la historia» (p. 129): en el pasado y en la historia descubrimos la humanidad. «Vivimos en el pasado» (p. 147), porque no hay otro sitio donde vivir. El presente es pequeño y frágil, y el futuro no existe, porque no está vivo.

¿Qué pensar de la *pedagogía*, según Chesterton? «Cuando aparece la pedagogía, el sentido común queda arrasado» (p. 131). Hay que transmitir los conocimientos. El aprendizaje no es un juego: «el niño tiene tendencia natural al juego, pero no hacia el trabajo y el estudio» (p. 136).

La *religión* es «el refuerzo responsable del coraje y del sentido común» (p. 155), piensa Chesterton, pero Moreno le objeta que «resiste mal los embates de la razón» (p. 157) y de la razón no podemos prescindir.

¿Cómo ensambla Moreno Castillo toda esta conversación con Chesterton por medio del diálogo? El procedimiento técnico empleado es conectar textos del autor británico con sus propias ideas e interpretación. Los trabajos leídos y traducidos al inglés son cuarenta y cuatro y aparecen ordenados numéricamente en la bibliografía, indicando, incluso, de dónde los ha extraído. Así se pueden cotejar fácilmente. Además, incluye bibliografía en castellano e índice onomástico, que facilita buscar cada uno de los autores que aparecen.

Se nos ofrece aquí toda una antología del autor en sólo unas pocas páginas.

, por ello, que anhelemos la trascendencia, si. Esto viene originado por el tipo de educación recibida y el contexto cultural al que se pertenece. La prueba es que nuestra relación con el absoluto es *de distancia infinita*, como escribe Gomá en el Prologó, breve y condensado. Hay estados del espíritu que pueden provocar encuentros inesperados, que luego se comunican literariamente. Esta ha sido la forma tradicional de narrar tales experiencias.

El anhelo anterior es la «llama mística», como la califica Narbona, que pone buen cuidado en alertar que aquí no hay certezas ni evidencias, porque no interviene la razón, sino que sucede en la «noche oscura». De este modo procede la llama mística.

Los elegidos para la exposición son doce escritores, empezando por Teresa de Jesús y concluyendo en Thomas Melton, a todos los cuales ha puesto titulares clarificadores. Teresa es la «mística de la felicidad». Narbona describe su vida con una prosa limpia, sencilla y austera, que consigue meterse en su propia alma, porque eso es, en palabras de Unamuno, tan vasco él, tan admirador, tan suyo y exacerbado. Vale.